

guramente no lo he de lograr) lo ha intuido mejor que nadie Camilo José Cela en su *Breve nota a los versos de un amigo*.

"Sí" —dice Cela—. "Arturo Torres-Rioseco hace bien en sentirse vilano —o ardilla del deleite vital del movimiento— al aire de su verso, su noble gusto...". Lo que le ha faltado al insigne novelista español para convertir esa feliz intuición en el mejor retrato es precisamente el no ser un amigo de presencia inmediata sino a la distancia; o, dicho de otro modo, el no conocer de su amigo chileno más que la poesía. En suma: el no tener, como dijo Borges, "el inmediato magisterio" de su presencia.

Ante el último libro de Torres (¿último?), *Aspects of Spanish-American Literature*, University of Washington Press, Seattle, 1963, prefiero evitar el comentario. El libro es claro, lúcido, inteligente. Quien lo lea en todas sus líneas (y entre líneas también) aprenderá mucho deleitándose. Pero quien lea el primer capítulo, el titulado "Humor in Hispanic Literature" y no conozca personalmente a Torres-Rioseco, se perderá la experiencia del mejor humorismo. El de ese "vilano —o ardilla del deleite vital del movimiento—" que intuyó luminosamente Camilo José Cela desde su lejana Mallorca. Y algo semejante acontecerá con los demás capítulos.

Hay lectores cuya admiración por un autor se trueca en desencanto al conocer personalmente a éste; en el caso de Torres-Rioseco sucede lo contrario: al conocerlo, la obra leída ya se valora aún más, retrospectivamente, por así decirlo. Y se comprende el valor genuino de lo que es una persona para quien la vida se hace arte, pero en quien la vida misma es su supremo arte.

University of California, Riverside.

HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ

<https://doi.org/10.29393/At402-132CCLG10132>

Chilena, casada, sin profesión, de ELISA SERRANA. Zig-Zag, 1963.

Es una nueva novela de esta escritora que debutara con las *Tres caras de un sello*, obra que la dio a conocer exitosamente. En *Chilena, casada, sin profesión* continúa ahondando en ese medio en que los personajes de su anterior obra se desarrollaron: la alta burguesía. Es un rico veneno que proporciona abundante material literario, sobre todo para quien, como la autora, conoce y vive en tal atmósfera. La temática está constituida por los avatares que viven las damas que gozan de las prerrogativas del dinero y de la posición social. Bellas jóvenes, verdaderos bibelots educados, conformados, física y anímicamente, para ser las delicias de sus maridos o amantes. Paradojalmente estas personillas que debieran gozar de una felicidad ininterrumpida a lo largo de una larga existencia, no logran superar los aspectos depresivos de la naturaleza humana. Por el contrario, se constituyen en elementos de tortura para ellas y para los infortunados que las rodean. Todo es desengaño, descontento, incertidumbre, nerviosidad. ¡Qué distinto piensan de ellas las mujeres del pueblo cuando las ven pasar a sus saraos o tés lujosamente ataviadas, relucientes, altivas en la cumbre de la vida plena! No pueden adivinar

que esas muñecas llevan por dentro las víboras de la insatisfacción y del hastío...

Esa mujer deslumbrante que pasa y que revive con la admiración de la masa, no tiene profesión, no tiene una responsabilidad definida, no sabe qué hacer con las horas ni en qué emplear su sensibilidad agudizada ni sus relevantes condiciones intelectuales. Esa dama es, por supuesto, casada con el elegante varón que la acompaña, alto, displicente, engreído con la posesión de esa envidiada mujer, que es su tormento.



La novela empieza con ágil seguridad cuando *Teresa*, el personaje central, llega al Lejano Oriente, de paso para la misteriosa ciudad de Nueva Delhi, donde la espera su marido, es decir, su segundo marido, diplomático chileno ante el gobierno de la India. Pero mientras espera a Lucho, recuerda a Ignacio. Evoca sus oscuros estados síquicos, analiza detalles ya casi olvidados, pero que afloran ante cualquiera asociación.

Recorriendo las calles exóticas, un mendigo que se arrastra le muestra un muñón de brazo. ¡Un leproso! Es un estímulo que le remueve escenas de su adolescencia, cuando en el colegio de monjas tomara parte en una pieza de Paul Claudel, en el papel de Violaine, una joven ciega por la tremenda dolencia. Allí conoció a Ignacio, que "quedó prendado de Teresa" y la amó "con o sin lepra", pensando acaso "¿cuál es peor: la lepra del cuerpo o la del alma?".

De acuerdo con la técnica adoptada, va alternando la narración entre tercera y primera personas, entre evocaciones del primer marido y del segundo. La actitud de uno hace ascender a la conciencia la del otro. El presente renueva el pasado o viceversa. Le basta cualquier estímulo para que aparezcan nítidos, agravios, torturas, zonas extrañas y sospechosas de sus consortes.

Pero, junto a este atormentado evocar, no deja de captar, su ojo avizor, cuánto el ambiente nuevo va presentándole de original, de atrayente. Así, entre el pretérito y el vivir cotidiano conocemos todos los vaivenes de su vida privada con el primer esposo.



Elisa Serrana es muy hábil en el análisis psicológico de sus personajes. Los desmenuza, los observa a luz y a contraluz. Está atenta a sus más mínimos actos fallidos que le dan el camino por donde penetrar en sus subconscientes. ¡Infelices personajes aquellos sometidos a tan aguda y permanente lupa femenina!

En esta novela, los individuos sujetos a este método, son, por supuesto, sus maridos: Ignacio y Luis. El primero es un ente complejísimo. Enigmático, escondiendo celosamente zonas personalísimas a su mujer, no se le entrega.

Se defiende aún como amante. Le aventaja en edad, en experiencia. Ella desearía convertirlo en juguete, atento y solícito a sus menores caprichos de niña mimada en su infancia. Sin embargo, en alguna forma, ella lo ama y se siente feliz de mostrarse con tal fachoso abogado, "un paso más adelante o más atrás él, como si se defendiese". Al fin, ella logra desentrañar el secreto: Ignacio tiene el complejo de Edipo. Ama a su madre y su cariño no lo deja contaminarse con el de esta advenediza. Teresa le ha guardado rencor por esta resistencia, por esta altivez ante sus atractivos de mujer, ante sus dotes de inteligencia, ante su prestigio social del cual ella tanto alardea. Acude a la clásica venganza de las mujeres "no comprendidas". Se busca un amante. Un médico caza descontentas que la lleva en su automóvil. Teresa, según su confesión, no cae. Interrumpe esta tortura de todas las horas en que hace vivir a su marido y ella misma, el suicidio de Ignacio. Era la única solución de huir de aquel infierno que le quedaba.

*
* * *

Mas, una mujer atractiva, culta, no iba a quedarse mucho tiempo sin tener a su lado un admirador, primero, una víctima después. Un empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores cae ante sus encantos, y la desposa.

Lucho es el polo opuesto de Ignacio, psicológicamente considerado. "Las ambiciones de Lucho eran sencillas como su egoísmo, pueriles como sus deseos de posición y alabanza": Ella se inició en esta segunda experiencia "con sonrisa tierna y lo miraba actuar y escalar, dispuesta a darle la mano y no juzgarlo. Demuestra, pues, conciencia plena de su papel de juez terrible de sus víctimas conyugales. Este Lucho la lleva al Oriente, donde es nombrado agregado a la embajada de Katmandú, Nepal. Pero este Lucho no es reflexivo, concentrado, atormentado por subjetivismos innecesarios. Es un vividor, un sensual que la abandona por otras experiencias menos complicadas, en donde lo primordial, no es el permanente y atormentador análisis de los sentimientos. Le interesa el goce, el placer por el placer. Es un sádico más bien que un masoquista. Ella choca, por supuesto, con este marido que no le da mayor importancia. El primero no se la había dado para defender su propia vida interior. Este último, por desprecio a las complejidades. Pronto "la barrera hecha de pedruscos que en algún momento empezó a construirse entre Teresa y su marido, le pareció repentinamente terminada, sólida, y tuvo miedo". Se refugia entonces en sí misma y busca consuelo en las doctrinas budistas, que a una mujer de cultura y de sensibilidad le llegan muy profundamente. Producto de esta etapa depresiva de Teresa, son esas magníficas páginas de filosofía budista que aparecen como despegadas de la novela.

•
• •

Hay personajes secundarios de fuerte relieve humano que sería largo analizar. Pero lo valioso son las experiencias de la novelista, su capacidad de

instropección. Esa Teresa es un torbellino. Quiere cambios permanentes, nuevos personajes, nuevos ensueños, nuevos espíritus analizables. Es una inestable, una sicópata. Se busca problemas cuando no aparecen solos. Cambia de ambientes. Va a los hospitales, a las poblaciones callampas a aliviar la miseria. En el fondo, a aliviarse ella misma con el espectáculo de la miseria, de la desmoralización de otros seres que sufren por ella. Ampara prostitutas, llevándoles ropa de seda para hacerlas deseables. Toma a su cargo a una muchacha abandonada con su hija, con lo que trata de desahogar la frustración de no haber sido madre...

Es, en suma, "un arquetipo de la mujer burguesa contemporánea, el producto espléndido del amaterialismo occidental disfrazado. Yo lo pondría en un escaparate en Moscow", resume un diplomático ruso que Teresa tuvo por amigo.



Es, pues, *Chilena, casada, sin profesión*, una apasionante novela. Este mismo derroche de vitalidad, de angustias, de vida variada y compleja hace que la obra sea un tanto descuidada en su estilo, desmadejada. Lo que no es una falta de méritos. Por el contrario, la hace atractiva, irresistible al lector entusiasmado. Nos quedamos con esta novela apretada de pasiones y sutilezas, antes que aquellas de gran estilo, pero frías, sin raíces humanas profundas.

LEONCIO GUERRERO

El hombre inconcluso, de BENJAMÍN SUBERCASEAUX. Editorial Andrés Bello, Santiago. 1963

Es un libro inusitado, que en medios científicos europeos habría sido objeto de viva preocupación. La primera parte comprende la teoría propiamente sustentada por Subercaseaux. Ahí está una serie de proposiciones e hipótesis, cuya finalidad es explicar la evolución del hombre, en especial en cuanto a aspectos mentales, y formula algunos procesos que han llevado a que determinados seres humanos alcancen cierto nivel de desarrollo psíquico y otros no. Este grado de avance constituye un índice que, cuando se logra, significa un rasgo cualitativamente distinto y caracteriza al hombre, sustrayéndolo de la naturaleza animal ("desnaturación"). En consecuencia, sólo el individuo "desnaturado" es propiamente hombre; los demás no lo son.

La segunda parte contiene notas que apoyan sus hipótesis basadas en teorías e investigaciones de numerosos autores.

Es interesante señalar que el autor manifiesta que su teoría de la "desnaturación" es un conjunto de proposiciones, las cuales no estima comprobadas y que están sujetas a controversia desde el punto de vista científico.

El tema en sí mismo, es de enorme interés. Pero ya sabemos que sus implicaciones son insondables. Desde luego, ello rige para los aspectos políticos: si se estableciera que hay diferencias de tal naturaleza entre los hombres que les quita a algunos la calidad específicamente humana, y si esta postula-